

MEMORIAS POLÍTICAS DE ANTONIO I. VILLARREAL

CÓMO Y POR QUÉ EL EX SECRETARIO DE AGRICULTURA SE UNIÓ AL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO DEL 23

CAPÍTULO XVIII

Desligado del gobierno y ya como uno de los jefes antigobiernistas, el general Antonio I. Villarreal se presentó como candidato a senador por el estado de Nuevo León, en las elecciones de julio de 1922.

No tuvo, al iniciar su campaña, contrincante alguno, pero a poco surgió la candidatura, sostenida por el partido oficial, del doctor Carrillo, hombre ignorado en política, aunque había servido a los gobiernos de Díaz y de Huerta.

Las intenciones del presidente Obregón y del general Calles de no permitir el acceso de Villarreal al Senado de la República, eran bien manifiestas. El doctor Carrillo recibía abundante propaganda impresa de la Ciudad de México, y bien pronto, el Partido Cooperativista, considerado entonces como el grupo político oficial, destacó a Monterrey a sus mejores propagandistas, en donde celebraron un mitin, el cual, quedó disuelto cuando los oradores al intentar atacar a Villarreal fueron silbados y el público salió del salón.

Las rupturas en el constitucionalismo

A pesar de la hostilidad de que había sido objeto durante su campaña, el general Villarreal, portador de la credencial, se presentó en el Senado cuando se inició la discusión de credenciales. Pero desde el primer día, el ex secretario de Agricultura tuvo conocimiento de que el presidente de la República estaba haciendo uso de toda su influencia para evitar que Villarreal pudiera ser admitido en el seno de la Cámara Alta.

Al efecto, tanto el general Obregón, como su secretario particular Fernando Torreblanca, llamaban a los senadores a la presidencia para darles la consigna. Pero no todos los senadores se dejaron ganar para la causa del gobierno, contándose entre éstos el licenciado Enrique Colunga, quien a pesar de que iba a ser nombrado secretario de Gobernación, dijo al general Obregón que él no podía cambiar de parecer por tener ligas de amistad con el ex secretario de Agricultura, a quien había ofrecido su voto.

La credencial del general Villarreal dio lugar a días de expectación en el Senado. Un grupo de senadores, entre los que se contaban don Fernando Iglesias Calderón, el licenciado Rafael Zubarán Capmany, don José Morante, el general Héctor E. López, el licenciado Miguel E. Ortega, don Teófilo Orantes, el general Heriberto Jara, don José Gutiérrez de Velasco y el general Eulalio Gutiérrez, se habían propuesto obrar rectamente apoyan al ex secretario de Agricultura a pesar del disgusto del presidente y del partido oficial.

El general Gutiérrez había tomado tan a pecho la defensa de Villarreal, que en una ocasión, encontrándose con varios senadores en el salón de los Pasos Perdidos, se acercó a él el general de división Isaac Ibarra, quien en voz baja le hizo saber que no podría cumplir su compromiso de votar a favor de Villarreal. Gutiérrez no le dejó terminar la excusa y sacudiéndole violentamente la solapa del saco le gritó:

—*¿Y usted se llama general de división, canallita? ¡Si usted no tiene ni palabra de honor!*

Y don Eulalio de un tirón arrancó a Ibarra la insignia de divisionario que éste portaba en el ojal de la solapa.

Un segundo incidente se suscitó en el *hall* del hotel Metropolitano, donde se encontraba el ex presidente Gutiérrez, acompañado del general Héctor E. López y de otros amigos. Cuando el general y senador José Rentería Luviano le hizo saber que tampoco él podría cumplir con el compromiso contraído, de votar a favor de Villarreal, y como Rentería pretendiera dar alguna disculpa, don Eulalio le dejó con la palabra en la boca, exclamando:

—*¡Usted no es hombre!*

Rentería Luviano quedó como petrificado, sin atreverse a dar la menor respuesta.

Aunque la mayor parte de los senadores estaba comprometida a votar a favor de la credencial de Villarreal, conforme pasaban los días, se registraban más y más deserciones. Entre los desertores estaban los licenciados Federico González Garza y Alfonso Cravioto y don Abel S. Rodríguez y el profesor Monzón.

El señor Rodríguez dio la siguiente explicación al ex secretario de Agricultura:

—*Perdone usted, general, que ya no pueda votar por usted, porque se hunde mi porvenir político.*

Por lo que respecta al profesor Monzón, una tarde, encontrándose en el Senado, Villarreal vio cómo el senador sonorense al recibir un recado de la presidencia de la República por conducto de uno de los mozos del Senado, intensamente pálido se retiró del salón, no sin antes decir: “¡Qué barbaridad!” Monzón iba también a recibir la consigna, seguramente.

Llegado el día de la discusión de credenciales, el general Villarreal descubrió que las galerías del Senado se encontraban repletas de soldados disfrazados de paisanos que, según las noticias que había recibido, habían sido enviados por el general Jesús M. Garza, comandante militar de la plaza.

Defendieron la credencial del ex ministro Iglesias Calderón, Miguel F. Ortega y Zubarán Capmany, mientras que en contra hablaron Gerzayn Ugarte y Cravioto.

Los gobiernistas amigos de Cravioto y de Ugarte pasaron momentos de desesperación, haciendo todo género de esfuerzos para ganar la votación y obligando a senadores como Flavio Bohórquez y Pedro J. Almada, para que se presentaran a votar a pesar de que ocupaban altos puestos en el gobierno.

Dos o tres senadores, no queriendo comprometerse con uno u otro partido, se ausentaron sigilosamente del salón de sesiones. El senador yucateco Antonio Ancona Alberto optó por encerrarse en el wc a cuyas puertas se plantó el general Villarreal para conocer la actitud que al final de la votación asumiría Ancona, quien no se movió de su sitio si no hasta dos o tres horas después.

Villarreal, sin embargo, estuvo a punto de ganar la votación, obteniendo veinticinco votos a su favor y veintiocho en contra.

Las rupturas en el constitucionalismo

Pero el hecho de no haber ocupado la curul en el Senado no alejó a Villarreal de la política. Por el contrario, empezó a trabajar con los diputados y señadores peleceanos para conquistar la Comisión Permanente del Congreso de la Unión, considerando que la Comisión sería la base sobre la cual descansaría una buena parte de la próxima campaña presidencial.

Más todos los esfuerzos que se hacían para controlar a la Permanente eran inútiles. Los restos del PLC disminuían día a día, debido a las constantes defecciones. Los desertores iban a engrosar las filas del partido cooperativista, y así de un bloque de 135 diputados y senadores peleceanos que existían en septiembre de 1922, para fines del mismo año, el número había disminuido a poco más de la mitad.

En los primeros días de 1923, se iniciaron los trabajos para la campaña presidencial. El partido cooperativista iba de la candidatura de De la Huerta a la de Calles; el PLC se había dividido, apoyando una parte al general Villarreal, otra al general Raúl Madero y la minoría al licenciado Roque Estrada.

Los campos fueron perfilándose poco a poco. El cooperativista, por fin, se resolvió a favor de don Adolfo de la Huerta, mientras que los laboristas proclamaron la del general Calles. El señor De la Huerta surgía como el candidato independiente y en torno de esta candidatura empezaron a agruparse los elementos más destacados del antigobiernismo.

En estas condiciones, el general Villarreal fue invitado por varios líderes del PLC a una reunión en la casa del doctor Curberto Hidalgo, en donde se habló de la necesidad de que todos los elementos independientes apoyaran la candidatura del señor De la Huerta.

Villarreal se rehusaba en un principio a unirse a la candidatura de don Adolfo, pero las ligas que tenía con los generales Manuel García Vigil y Fortunato Maycotte, que se habían declarado delahuertistas, primero, y después la invitación que le hicieron cerca de treinta generales, y por fin, una entrevista que tuvo con el propio don Adolfo, le hicieron resolverse a luchar en las filas delahuertistas como necesidad de derrocar en un futuro cercano al gobierno del general Obregón.

La situación política en el país, con motivo de la campaña presidencial, era cada día más crítica. Los delahuertistas estaban al borde de la rebelión, especialmente después de haberse descubierto el complot que había fraguado el general Arnulfo R. Gómez para exterminar a balazos a los diputados delahuertistas en pleno salón de sesiones de la Cámara Baja.

Los rumores de una próxima sublevación corrían de boca en boca, y una noche, el general Villarreal recibió en su residencia la visita de Jorge Prieto Laurens, destacado delahuertista, quien le comunicó que el general Guadalupe Sánchez, jefe de las operaciones en el estado de Veracruz, por conducto de dos oficiales, le hacía saber que su situación en el territorio a sus órdenes era insostenible debido a que el gobierno federal le estaba quitando a los jefes de corporaciones de más confianza y temía verse de un momento a otro, sin soldados a su mando, por lo cual consideraba que había llegado el momento de la rebelión.

Prieto Laurens indicó al general Villarreal que ya había puesto en conocimiento del señor De la Huerta la situación de Guadalupe Sánchez y la invitación que éste hacía para que tanto don Adolfo como sus amigos se trasladaran al puerto de Veracruz.

—Pero don Adolfo me ha escuchado sonriente, y se niega a salir de la ciudad por lo cual vengo a invitar a usted para que vaya a ver al señor De la Huerta, y lo convenza de la necesidad de que nos vayamos a Veracruz.

Considerando que la situación era grave en extremo y que era necesario que don Adolfo se trasladara a Veracruz, el general Villarreal fue a ver al candidato presidencial y como al preguntar a éste si era cierto lo que le había informado Prieto, contestara que así era, el ex secretario de Agricultura insistió en la necesidad de que saliera de la capital.

Don Adolfo convino y pidió al general Villarreal que le acompañara, pero don Antonio le hizo ver la imprudencia de que salieran de México todos los delahuertistas y además le hizo saber que tenía compromiso de ir al estado de Puebla, en donde dos o tres corporaciones militares se sublevarían tan pronto como se diera el grito de rebelión.

El señor De la Huerta abandonó la Ciudad de México el siguiente día, y el general Villarreal le siguió unas cuantas horas después, saliendo de la capital a bordo de un camión de pasajeros y disfrazado de mecánico y acompañado del ferrocarrilero Antonio Moreno, mientras que por el Interoceánico se dirigía a Puebla, llevando instrucciones para preparar el levantamiento, el general Reynaldo Lecuona.

No hacía más de una hora que habían salido de la capital, cuando el camión en el que viajaban sufrió una grave descompostura. El propósito de don Antonio era llegar a San Juan Teotihuacan a tiempo para tomar el nocturno de México a Veracruz, descender en Apizaco y continuar a Puebla.

Las rupturas en el constitucionalismo

Viendo que sus proyectos venían por tierra, el general Villarreal detuvo un camión de carga que pasaba por la carretera pidiendo se le condujera junto con Moreno a Teotihuacan. No se dio cuenta el general en qué clase de camión viajaba sino hasta cuando habían pasado varios minutos. Se trataba de un camión que llevaba impedimenta militar para las fuerzas gobiernistas que estaban siendo embarcadas en San Juan.

Cuando el camión llegó a su punto de destino, el general Villarreal se encontró en medio de un campamento militar, y como supiera que el nocturno de Veracruz ya había pasado y considerándose demasiado expuesto entre los soldados, muchos de los cuales habían militado a sus órdenes y, a pesar de su disfraz, podrían reconocerle, se alejó de la estación y se internó acompañado de Moreno en una milpa en donde pasó la noche y al día siguiente, con toda felicidad, pudo verse a bordo del tren de Puebla.

Al llegar a Puebla, el general Reynaldo Lecuona le esperaba en la estación, con la noticia de que algunos de los jefes militares comprometidos para el movimiento habían sido removidos por el jefe de las operaciones militares general Almazán, quien seguramente había sospechado de ellos.

Villarreal se alojó en un humilde hotel, en donde poco después empezó a recibir la visita de amigos y oficiales comprometidos. El general Gaspar Cantú le hizo saber que contaba desde luego con veinticinco hombres perfectamente armados, fuerzas que don Antonio resolvió aprovechar para salir de la ciudad y dirigirse a Teotihuacan, en donde se encontraba el general Pablo Rodríguez, dispuesto a secundar el movimiento.

Pero cuando don Antonio de disponía a salir de la ciudad tuvo noticias de que en la plaza se notaba un extraordinario movimiento de tropas federales, por lo cual destacó a varios conjurados para que observaran a esos movimientos, sabiendo a poco que el general Juan Andrew Almazán, temiendo la proximidad de las fuerzas del general Fortunato Maycotte, se disponía a evacuar la plaza. Almazán había sido seguramente mal informado ya que el general Maycotte no se había rebelado todavía.

Horas después, Villarreal supo que los cuarteles habían sido abandonados y que en la estación se encontraban varios trenes que estaban siendo cargados de soldados. Fue este el momento aprovechado por el general Villarreal para hacerse dueño de la ciudad de Puebla, y acompañado de los generales Lecuona y Cantú y seguido de unos treinta paisanos armados se presentó frente al palacio de gobierno, vitoreando a la revolución.

En unos cuantos minutos, una verdadera multitud que pedía armas rodeaba al general Villarreal y a los amigos de éste. Algunos civiles llegaban trayendo armas y caballos.

Cuando mayor era el entusiasmo entre los rebeldes, se escuchó el avance de un piquete de caballería. Villarreal se dispuso a disputarse la plaza con el puñado de hombres que le acompañaba, y parapetándose en las bocacalles, abrió el fuego sobre los federales. Eran éstos como unos cincuenta hombres, quienes al verse agredidos y temiendo que ya fuese la vanguardia de la columna de Maycotte la que entraba a la ciudad, después de un corto tiroteo, empezaron a replegarse hacia la estación del ferrocarril.

Los revolucionarios le siguieron, combatiendo siempre, hasta llegar a la estación, donde el general Almazán, sin esperar ya más, embarcó violentamente al resto de su gente y abandonó a la ciudad, no sin dejar numerosos grupos rezagados que poco después se unían a los sublevados. Con los dispersos y las armas recogidas, el general Villarreal pudo aumentar sus fuerzas a cerca de ochenta hombres, dirigiéndose a la oficina de telégrafos así como al palacio municipal, para tener en sus manos el control de la plaza.

Al posesionarse de la oficina telegráfica, Villarreal se enteró que el general Eugenio Martínez pedía constantemente informes al general Almazán sobre la proximidad del enemigo, ordenando Villarreal que se le contestara que todavía no llegaban las fuerzas de Maycotte y sosteniéndose este engaño hasta cerca de la medianoche, cuando se envió a Martínez un mensaje comunicándosele que la ciudad acababa de ser ocupada por el general Villarreal, quien había llegado al frente de mil hombres. Entre tanto, Villarreal se había comunicado telegráficamente con don Adolfo de la Huerta y con el general Manuel García Vigil, gobernador de Oaxaca, dándoles parte de la toma de Puebla.

Al día siguiente, se reunió la legislatura poblana y sin presión alguna, acordó reconocer el movimiento triunfante, nombrando desde luego un gobernador provisional. Así mismo decretó la cámara local una contribución extraordinaria al comercio y la industria, para cubrir los gastos de guerra; contribución que fue cubierta espontánea y rápidamente.

(Continuará el próximo domingo)

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 22 de marzo de 1936, año x, núm. 189, pp. 6-7.